

grumetes

---

Gabriel García de Oro

Las aventuras  
de Nito Alpesto,  
el Príncipe Verde



laGalera

*Para Clara Oro y Eduardo Barba;  
toda infancia merecería unos tíos así.*

**www.gabrielgarciaoro.com**

Primera edición: febrero de 2010

Diseño de la colección: Mariano Rolando  
Realización de la cubierta: Mariano Rolando  
Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E. Mazzanti  
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir  
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2009 Gabriel García de Oro, por el texto  
© Fotolia y Dreamstime, por las fotografías de cubierta  
© 2010 La Galera, SAU Editorial, por la edición  
en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial  
Josep Pla, 95. 08019 Barcelona  
www.editorial-lagalera.com  
lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf, S.L.  
Mogoda, 29-31. Políg. Ind. Can Salvaterra  
08210 Barberà del Vallès

Depósito Legal: B-2.573-2010  
Impreso en la UE  
ISBN: 978-84-246-3375-2

## 1. *El Príncipe Verde*

**A**dornado con las filigranas más inverosímiles, los bordados más virtuosos y los cuadros más celebrados de los artistas más famosos del momento, el salón estaba listo. Los cocineros también se habían esforzado mucho para que los manjares más exquisitos se agolparan en las cocinas reales esperando su delicioso turno. Y la máxima preocupación de los organizadores no era la calidad del vino, sino si la cantidad sería suficiente para que nadie dudase de la espléndida generosidad de los Alpesto. Es en este momento, cuando la fiesta está a punto de empezar y el príncipe Alpesto aún no se ha dejado ver, cuando comienza nuestra aventura.

La reina, Carbonara de Burduá, extrañada por esta inusual tardanza, decidió tomar cartas en el asunto y se dirigió hasta los aposentos de su hijo. Llamó a la puerta y nadie contestó; insistió y, al obtener la misma respuesta, decidió dar un giro a su estrategia:

—Nito, ¿estás ahí? ¿Te ocurre algo? Voy a

pasar. Si estás desnudo, tápate y date prisa. La fiesta empezará en breve. Los invitados están llegando. Nito...Nito, contesta por favor. Está bien, voy a pasar. Tápate.

La reina abrió lentamente la puerta y entró. Plantada en medio de la habitación, inspeccionó atentamente su alrededor y, salvo que su hijo no estaba, todo parecía en orden. Cuando finalmente se dispuso a salir, notó un movimiento furtivo tras la cortina y pudo ver unos pies asomando por debajo. Sí, sin duda eran los pies de su hijo.

Carbonara no sabía qué hacer; la actitud del príncipe empezaba a ser, cuando menos, preocupante. Decidió optar por el diálogo:

—Hijo, te estoy viendo los pies. Sé que son los tuyos. Una madre conoce los pies de su hijo. No entiendo tu actitud. Me estás asustando. ¿Quieres hablar de algo?

—No, déjame. No quiero hablar con nadie, mamá. Déjame en paz.

Carbonara se tranquilizó. Por fin pudo oír una respuesta, comienzo esperanzador para el desarrollo de cualquier diálogo. Aun así, no entendía nada; dudaba entre irse o quedarse, pero cuando decidió que su hijo ya era mayor para arreglárselas solo...

—Mamá, ¿la puerta está cerrada? Asegú-

rate, por favor. No quiero que nadie me vea así. No sé lo que me ha pasado, pero me ha pasado.

—No entiendo ni media palabra de lo que me estás diciendo. Haz el favor de no hacer niñerías. Parece mentira, a tu edad tu padre ya era rey — contestó Carbonara ligeramente enfadada.

—Mamá —insistió Nito—, si te dejo ver lo que me pasa, ¿prometes no decir nada a nadie?

—Sí, hijo, claro que sí.

Carbonara estaba un poco harta del asunto; no le gustaba hablar con unos pies asomados, aunque fuesen los de su hijo. Además, temía que con tanta tontería se acabara estropeando la cortina. Cuando salió Nito, la reina se quedó mirándolo. No vio nada raro en él. Su hijo era un joven príncipe, bello, educado y atento. No había doncella que no suspirase por él en las cortas noches de verano, cuando la Luna brilla como si se tratase de la última madrugada. No hubiese tenido problema para conseguir el favor de cualquier mujer, pero para Alpesto ellas pertenecían a un mundo distinto y resultaba más apropiado encerrarlas entre los versos de un poema que intentar atraparlas con un anillo, por muy de oro que fuese. Este sentimiento para con el género femenino arrastraba a nuestro héroe a disfrutar de su compañía, y le impedía, a su vez, buscar algo distinto a la amistad o al

propio placer de la conversación. Carbonara era consciente de esta actitud un tanto retorcida, pero confiaba en el infalible empuje de la naturaleza, que acaba por convertir, de un modo u otro, a los poetas en hombres. Sin embargo, ahora no pensaba en eso, pues cuando una fiesta está a punto de empezar...

—No veo nada raro. No sé a qué viene tanta tontería, te lo digo en serio. Los invitados ya están aquí.

Nito, que estaba de perfil, descubrió el lado oculto de su cara. Carbonara de Burduá, al ver aquello, se tapó los ojos, horrorizada por una visión tan desagradable como repugnante. La parte derecha del rostro de su hijo estaba cubierta por una espesa mancha de color verde moco que ocupaba casi toda la mejilla e incluso se deslizaba un poco por encima de la nariz, como queriendo trepar por ella. Nito se lamentaba con amargura.

—Esta mancha horrorosa apareció de repente, sin avisar. Yo estaba tan contento por la fiesta... De golpe, cuando me estaba acicalando para bajar..., vi esta horrible mancha en mi cara. Al principio pensé que el espejo estaba sucio. Luego entendí. No se trata del espejo. Nadie puede verme en semejante estado, mamá. Lo entiendes, ¿verdad?

La reina no podía ni mirar a su hijo; a cada intento, sus ojos se iban directos a aquella mancha asquerosa.

—Tranquilo, hijo. Algo se podrá hacer. Avisaré a tu padre.

Ella salió de la habitación con unas arcadas incontenibles, como cuando a su marido le daba por conducir el carruaje real. Nito se quedó solo, pensando que aquél era, sin duda, el peor día de su vida.

El rey Godofredo, al ver la mancha, casi se desmaya. Sí, había vencido en casi todas las batallas, derrotado a todos los malvados, salvado a miles de doncellas, pero aquello..., aquello era distinto. La mancha palpitaba en la mejilla, como si estuviese a punto de explotar. El color verde moco era cada vez más profundo, unos poros pequeños se abrían por los extremos más oscuros como diminutas bocas hambrientas. Incluso, si te fijabas bien, podías ver un poquito de pelo fino recubriendo la superficie, como un vello protector.

Godofredo se repuso del asco inicial: no era momento de mostrarse débil, sino de solucionar el *problema verde moco*, pues los invitados empezaban a inquietarse por la tardanza del príncipe. Había, incluso, alguno que empezaba a lanzar comentarios burlones, como el cruel Keus, un caballero malvado invitado casi por obligación.

Keus, por razones incomprensibles, era uno de los míticos caballeros de la mesa redonda del rey Arturo. Justo por aquellas fechas se encontraba en la corte de los Alpesto, casualidad que obligó al bueno de Godofredo a contar con él para la fiesta. Ahora, Keus aprovechaba la ocasión para poner en práctica su deporte favorito: la infamia.

—Qué raro, el bello y joven príncipe no se deja ver. ¿Habéis buscado debajo de las faldas de su mamá? A lo mejor, después de tanto tiempo metido ahí no encuentra la salida.

El rey, dolido en su honor, se negaba a seguir escuchando este tipo de comentarios y decidió que su hijo debía bajar. Ordenó que trajesen una máscara de carnaval. El pobre príncipe protestó, pero cuando un rey manda, los demás obedecen.

Los invitados por fin pudieron ver a su príncipe. Todos se alegraron mucho y, aunque extrañados de ver una máscara fuera de fecha, se comportaron con total normalidad. Todos, claro está, menos uno:

—Por favor, caballero, ¿qué es eso que tenéis en la cara? ¿Cómo alguien tan bello priva a los feos de la belleza misma? ¿Acaso no es castigo suficiente que nos prive la naturaleza de la hermosura, como para que un ser bello también no prive de, como mínimo, contemplarla? ¿Acaso las doncellas se van a quedar sin ver la



cara del protagonista de sus sueños más amorosos?

—No te metas Keus, no es asunto tuyo —contestó el rey Godofredo con severidad.

—Disculpad, majestad, disculpad. Solamente digo que las doncellas no merecen tanta descortesía. Muchas de las aquí presentes han venido por una sola razón: ver a su hermoso hijo. Chicas, ¿queréis ver la cara de Nito Alpesto o no?

Las doncellas, pensando que se trataba de un juego, empezaron a chillar y a alborotar y a gritar:

—¡Fuera la máscara! ¡Queremos ver a nuestro príncipe! ¡Que se muestre, que se muestre, que se muestre!

—Yo no lo he dicho —dijo Keus poniendo cara de besugo inocentón—, son estas jóvenes desechadas las que piden, en esta noche de Reyes Magos, ver a su príncipe. ¿Acaso el rey Godofredo será tan desagradable como para negarnos a todos tan exquisita visión? Por favor, príncipe, mostradnos vuestra cara, ¡fuera esa máscara!

Nito ya no podía aguantar más, el caballero Keus era tan odioso... ¡Sabía manejar con tanta precisión el sarcasmo! La situación no era buena; estaba entre la espada y la pared o, me-

jor dicho, entre Keus y la mancha. En un ataque de sinceridad histérica, dijo:

—Muy bien, de acuerdo. ¿Queréis ver mi cara? Aquí está mi cara.

Nito se arrancó de golpe la máscara, dejando al descubierto la mancha verde moco. ¡Qué horror! ¡Qué asquerosidad! ¡Qué náuseas sintieron todos los presentes! Las doncellas vomitaron en el suelo, haciendo resbalar a algún invitado de honroso linaje. Se formó el caos más sucio que se haya visto jamás. La reina se puso a llorar. El rey se llevó las manos a la boca, también tenía ganas de vomitar. Keus no podía estar más satisfecho, pues los corazones de estas personas se alimentan de situaciones desagradables y asquerosas. Tan feliz estaba que no pudo evitar volver a desenfundar su lengua:

—Vaya cosa le ha salido a nuestro príncipe. Es de un color verde muy elegante, muy a la última. Ya os advertí, príncipe Alpesto, que esa afición de ir besando a las ranas para convertirlas en princesas os iba a traer problemas. Nunca he visto cosa igual. Todos hemos oído los cuentos de los abuelos acerca de las aventuras de príncipes azules, pero jamás oí nada acerca de príncipes verdes. Nito Alpesto, el príncipe verde. Tiene gracia eso.

—Lárgate de aquí —gritó Godofredo, fuera de sus casillas—, vete de mi castillo. No se te

ocurra volver; si lo haces, me enfrentaré a ti para darte el mayor de los castigos.

—Vale, me voy. Ya veo que mi presencia ha dejado de ser agradable, aunque si hablamos de *agradable*, su hijo es el menos agradable de los de aquí. Lo digo por las reacciones vistas en este salón, no por manía personal. A mí me gusta la mancha, le da un toque de distinción. En fin, me marcho. Adiós Nito, estás muy guapo. Si tu padre es la alteza real, tú eres la mancha real, ¡ja, ja, ja!

Keus dijo esto y abandonó el castillo. Los otros invitados lo siguieron.

En muy poco tiempo desaparecieron todos los asistentes; había dejado de ser una fiesta divertida.